

MEDALLON HISTORICO SOBRE EL GENERAL JOSE MARIA CORDOBA



Tte. Cor. (r) ALBERTO LOZANO CLEVES

José María Córdoba y otra pléyade de jóvenes granadinos escribieron páginas gloriosas de nuestra historia y nos dejaron el recuerdo de sus acciones heroicas y el ejemplo de su patriotismo.

Cuánta abnegación, cuánta sublimidad y cuánta enseñanza encierra la vida de todos esos héroes que se han colocado en un trono de inmortalidad por la excelsitud del sacrificio y su servicio a la Patria y que lucharon por su engrandecimiento con decisión y fe.

Entre las figuras más sobresalientes de todos estos luchadores de la libertad, se destaca con luz propia el joven General **Jose María Córdoba**.

El General Córdoba era un joven de presencia gallarda y de facciones firmes y expresivas; con grandes ojos negros, nariz aguileña, boca pequeña y espaciosa frente. La cara ovalada y el perfil de la fisonomía de una notable corrección de líneas; poseía los rasgos muy marcados de un general romano.

Córdoba excita la admiración más ardiente y provoca al mismo tiempo sinceras lágrimas de compasión. Es difícil que el espíritu se compenetre de que el inspirado militar que decidió con su intrepidez las batallas de Pichincha y Ayacucho, es el mismo que sucumbió en la flor de la juventud en Santuario, Antioquia, víctima de una de esas disidencias políticas que han asolado a nuestra nación.

Pocos hombres se prestan más que Córdoba, a las lecciones del patrio-

tismo. Todo lo sacrificó por el amor a la Patria, y su ejemplo es digno de ser imitado. Víctima de errores y combinaciones políticas, por su gloria, por la simpatía que despierta su nombre, por la lástima que inspira su triste fin, su vida es una de las más interesantes que registra nuestra historia independiente.

Las dos partes en que se divide la historia de América, desde principios del siglo pasado hasta nuestros días, están resumidas en las inmortales jornadas guerreras y en los heroicos sacrificios de todo género que nos llevaron a la vida libre e independiente, y en las cruentas luchas que, una vez realizada aquella, hemos tenido que sostener para hallar de nuevo el equilibrio político y moral, violentamente roto por el grito de independencia.

La primera jornada la forma el glorioso período de nuestra gesta histórica. Mezcla de gloria inmarcesible e infortunios legendarios por una sola idea, la idea de la libertad. En esa época aparece todo a nuestros ojos grande y puro.

La segunda jornada es la época de nuestra agitación política, la cual se mezcla en ocasiones con la primera, sin llegar jamás a confundirse.

Creada la Patria, a costa de los más nobles y heroicos sacrificios, forzoso era entrar a organizarla sobre bases sólidas y duraderas que hicieran fecundos y provechosos para el porvenir los generosos arranques de la primera hora. Nacida la Patria, era preciso formarla, educarla, darle personalidad propia, social y política.

Esta laboriosa tarea de la educación de la Patria, absolutamente necesaria si no se quería marchar a la disolución y al caos, obra de análisis, de estudio, de discusión y de cálculo, más serena que la primera pero también más humana, tenía forzosamente que poner en movimiento las pasiones, los intereses, los egoísmos, cuya voz había callado momentáneamente la aspiración de la independencia.

El primero de aquellos períodos ofrece héroes o mártires. En el segundo figuran luchadores y víctimas.

Córdoba pertenece a estas dos partes de la historia de la revolución de América. El fue un héroe en la primera y una víctima en la segunda. Veámos a la víctima de la faz menos gloriosa y seductora de nuestra historia.

Al inmortal soldado de Ayacucho se le iba a separar del servicio activo en campaña para emplearlo en un servicio pasivo que reñía con su ser guerrero acostumbrado a la lucha en el campo de batalla y a dirigir soldados.

Córdoba, desairado, bramó, según lo expresa el historiador Posada, como un toro furioso. Un cáncer roedor se le formó en el corazón, se quejó amargamente de Bolívar y desdeñado por el hombre de su adoración porque se le había hecho nacer prevenciones y desconfianzas contra Córdoba, por parte de ciertos hombres y con ciertos fines.

Persuadido Córdoba de que se pensaba por ese tiempo establecer una monarquía en Colombia, se lanzó en el camino de la insurrección, cuando

supo que se le iba a aprehender en Rionegro acusado de sospechoso en la conspiración contra Bolívar, que nunca tuvo participación como la historia lo ha justificado. El golpe se frustró, y el 9 de Septiembre Córdoba se dirigió a Medellín con 50 hombres, tomó posesión de la ciudad y se declaró jefe del Ejército.

Cuando el Gobierno de Bogotá tuvo conocimiento de la insurrección de Córdoba, dispuso que salieran 800 hombres armados con dirección a Antioquia al mando del General O'Leary, quien precisamente había sido compañero de Córdoba en la campaña del Perú.

El joven General Córdoba se encontraba con 400 reclutas en la Hacienda del Santuario a donde O'Leary envió al Coronel Manuel Montoya con proposiciones y ofrecimientos que aquel rechazó.

El 17 de octubre de 1829, a las once de la mañana los 800 hombres de O'Leary atacaron a Córdoba y su tropa.

Peleó como siempre él había peleado, con intrepidez, con ardor, como un león enfurecido, pero sucumbió ante la superioridad numérica. Herido, exhausto de sangre y no pudiendo mantenerse de pie, fue a caer a una casa que había allí cerca. Su tropa había desaparecido y el adversario era dueño del campo de batalla.

Cuando sus enemigos entraron a la casa lo hallaron tendido en unas varas nadando en sangre e inerte porque agotadas las fuerzas su brazo ya no podía empuñar la espada tantas veces vencedora. En este estado, indefenso, acorralado, fue alevosa y vilmente asesinado a sablazos por Ruperto Hand, quien le asestó inmisericorde dos terribles golpes con su sable en el propio lecho de muerte.

Así terminó la existencia de este denodado guerrero, ilustre General de la República, hombre extraordinario, que a la edad de 29 años bajó a la tumba con los resplandores de la gloria y el velo de la inmortalidad.